

APUNTES SOBRE BAUDRILLARD

Juan Pablo Córdoba Elías

Para Carmen

Apunte personal

Hay muchas maneras, llamémosle tentaciones, de leer a Baudrillard. Mencionaré dos y propondré una tercera. La primera es tal y como se ofrece al lector improvisado: Baudrillard es pirotécnico en las imágenes, cínico en las opiniones e invitante en un accidentado pero siempre inteligente viaje por los intersticios de lo social.

La segunda ofrece engarzar un discurso que reconoce y se reconoce, inserto en la herencia crítica, radical y festiva del mejor Nietzsche, con un añadido nada despreciable sobre todo para los incansables buscadores de supuestas novedades intelectuales: el barroquismo de un discurso despreciado por los círculos académicos ortodoxos.

Sin embargo, para el lector que pretenda afirmar su eterno adolescente, tenemos malas noticias; Baudrillard intentó, y vaya que lo hizo, colarse a la palestra cultural francesa sin éxito alguno, porque Baudrillard, hay que decirlo, no es profeta en su tierra.

En ese lugar donde vivió el nacimiento y la decadencia del teatro marxista, existencialista y estructuralista como un tramoyista que, en una iro-

nía fatal como las que su literatura describe, logra finalmente ser citado, muy comentado, mal leído y bien vendido, en las aulas universitarias, cafés y algunas cofradías del extranjero en donde triunfa en calidad de estrella, nunca como actor.

Estos apuntes sobre Baudrillard buscan ofrecer una invitación al ensayo de uno de los más importantes escritores vivos —en esa línea del discurso del desencanto que inicia formalmente M. Weber y hoy es distintivo del pensamiento de fin de milenio— manteniendo sus distancias de las dos formas señaladas con anterioridad, en un siempre riesgoso pero inevitable balance entre dos aristas fundamentales: una descriptiva y otra crítica.

Para una lectura descriptiva del pensamiento baudrillardiano el lector encontrará aquí sumariadas las líneas básicas de análisis que recorren su obra.

Respecto al envite crítico, sugeriría buscar en todo momento aislar esa tensión ineludible a todo discurso entre lo que está obligado a significar, es decir su lógica interna, y lo que quiere decir, o lo que es lo mismo, su retórica.

Como se observa, no puede haber en estas líneas —como no existe en Baudrillard— una arquitectura tradicional, un sistema, una secuencia histórica o acaso un sentido; hay, eso sí, una *intención* de mostrar radiografías del esqueleto social y posterior a ello, pertrecharse cual francotirador, a disparar ideas cuyo destino es penetrar en el conocimiento de los mecanismos— que no sacudir los cimientos— de los edificios teóricos contemporáneos, a buscar entender qué se esconde detrás de la supervivencia del magma social, pero sobre todo, como se explica su *funcionamiento*.

La lectura de Baudrillard así, podría ejemplificarse como una travesía que va del desencanto por los metarrelatos europeos a una especie de pasmo eidético ante la tecnología; frente a la supresión del sujeto por el universo objeto en un espacio modélico representado por Estados Unidos de América.

Apunte crítico-descriptivo

Leer con rigor y al tiempo lúdicamente los ensayos de Jean Baudrillard no

es tarea sencilla y a ratos, hay que decirlo, resulta incluso ingrata. Es difícil encontrar un autor que tan abiertamente es asumido por un gran número de círculos académicos, bajo el prejuicio de la intolerancia hacia una obra que, en un juicio categórico anticipado, incluso hay que decirlo a su lectura, se califica como el ejercicio marginal de un, en el mejor de los casos, provocador intelectual.

Sin embargo existe empatía entre un Baudrillard que podríamos señalar como “blando” con gran número de sus detractores y esta suerte de solidaria, aunque no siempre deseada cadena intelectual, se manifiesta como lazo común, particular, permítaseme insistir, a las ideas político-sociales de fin de siglo.

Nos referimos a la supuesta búsqueda de rigor disfrazado de ironía o aderezado de ingenio; a la frivolidad en los métodos y en el análisis que encuentra un nicho ideal en el marco de la confusión generalizada y, claro está, al abandono de los grandes relatos que ha cubierto, salvo algunas notables excepciones, a todo el mundo intelectual en occidente. No atribuyamos estos deslices tan generosa y desinteresadamente a sólo unos cuantos.

Pues en una reflexión seria, el pensamiento de Jean Baudrillard cobra una importancia singular como un análisis de la sociedad y la cultura contemporánea que no sólo atreve —de la mano de toda una herencia de pensamiento alemana y francesa radicalmente crítica— el desenmascaramiento de la tradición conceptual que nos es común en occidente, sino que lo lleva a cabo en una forma claramente propositiva.

Porque para Baudrillard es el consumo y los sistemas de objetos que se desprenden de la mecánica y lógica interna de su movimiento, las claves que nos permiten entender de una manera global las sinuosas formas de organización social, en particular después de la Segunda Guerra Mundial.

El consumo, así, es el *proceso* que cubre los recién incluidos en la historia sistemas protésicos de la comunicación, la informática y la tecnología, estos nuevos acompañantes del hombre que aparecen como producto y sincrónicamente mensaje inscrito de códigos que incluyen toda la tradición categorial bajo cuya sombra se gestaron y continúan hoy desarrollándose.

Ahora bien ¿por qué Baudrillard es tan cuestionado? Porque su ensayo

enuncia la paulatina desaparición de las categorías centrales en el entramado teórico de las ciencias sociales, a saber: el sujeto, la política, lo económico, etcétera, y con ellas el desmoronamiento de los pilares que les brindaron soporte: la verdad, lo social y lo real entre otros.

Baudrillard reclama ante ello la urgencia de edificar una nueva epistemología que al establecer conexiones de sentido entre la tradición y el mundo contemporáneo, permita colgar *puentes* entre estos universos que se desplazan entretejidos.

Estos filamentos son el valor, el prestigio, el universo simbólico y de manera especial el intercambio. Las nuevas categorías que el ensayista propone van apareciendo a lo largo de su obra y no pueden ser motivo de análisis exhaustivo por evidente cuestión de espacio e intencionalidad en estos apuntes.

Textos donde la violencia teórica es espacio único y completo en sí mismo: el lugar extremo.

Así, y esto sí es tarea de estas notas, la inmersión en los grandes vectores del análisis baudrillardiano, es una empresa que de entrada debe reconocerse como parte de un reto cuyo carácter insular no nos impide penetrar en la genealogía de las grandes ideas socioculturales como parte de un envite que se revela en lo complejo pero también se afirma en lo circunstancial.

El discurso baudrillardiano, lo sabemos, corre al parejo de toda una escuela de pensamiento que identifica al ser social, y con él, evidentemente al hombre político, como indeterminación continua y a partir de ello, se engarza en una línea crítica a cualquier forma de discurso trascendente o identitario.

Se trata pues, de edificar ese entramado teórico que *sitúa* el encadenamiento aparential y la duda, prescindiendo de los referentes ontológicos tradicionales: el Ser, la Identidad, el Estado, etcétera, y a partir de ello, posibilitar la articulación de un discurso que, por encima de la búsqueda del origen o fundamento, se potencie hacia el tejido de una crítica que asuma el decantamiento de los metarrelatos sociales como condición necesaria de la empresa intelectual, ante la ausencia de coordenadas claras, incluso de asideros medianamente firmes, en el estudio de esa esencialmente caótica urdimbre social que llamamos historia.

Será aquí donde el problema —y la consecuente disección— de lo so-

cial y lo político, encuentra un caldo de cultivo ideal para su estudio, pues es en estas formas de postergación de las tendencias autodestructivas provocadas por la dinámica propia de la diferenciación estructural y la racionalidad del comportamiento social, el preciso lugar en donde emerge la figura decantada del Estado como reabsorción de contenidos y disuasión irónica de principios; en la preservación de sus obligaciones históricas; la seguridad y la defensa de la propiedad, orientadas hacia una nueva tarea que Baudrillard anuncia como transpolítica.

En otras palabras, la apuesta baudrillardiana no pretende sólo el señalamiento de la presencia-ausencia de sentido en la cultura, sino encarar el desafío resultante de la posibilidad de una pérdida de sentido en una especie de lógica de lo imprevisible. Una atracción por el vacío que en las sociedades contemporáneas desvela a las grandes categorías de la cultura y entre ellas al poder, a la estética y a la economía, como formas desencantadas de lo real, lo real así en tanto desencanto del mundo y en ese lugar el individuo, alejado de dios, bañado de contingencia y consciente de su finitud, se encapsula en el desafío de lo social y en el de su propia existencia.

Para Baudrillard la tragedia del hombre contemporáneo —en el sentido nietzscheano del término— radica en la autocomplacencia del magma social —esta adición de *individuos* que nos legó el iluminismo— a afirmarse como proyección pura, la más de las veces moral y la menos de ellas ética, que mas allá del sentido y en una estrategia predestinada, se somete a lo largo de los siglos, a una regla del juego que lo superara hoy con la preeminencia del objeto sobre el sujeto.

Esta crónica ya anunciada en la cada vez más visible radicalidad de unas relaciones sociales aún inscritas en dos vértices de raigambre antropológica: el intercambio simbólico y la muerte. Porque Baudrillard nos muestra que el poder, la economía, la existencia, el deseo, el inconsciente y la estructura —en tanto metadiscursos— se evaporan bajo sus propias premisas fatales en el modelo de simulación por excelencia: lo intercambiable.

Aparente paradoja que al pretender la irreversibilidad y la acumulación —como la ley y la producción— finalmente busca siempre convertir

la regla, ese encadenamiento immanente de signos arbitrarios, en ley, en encadenamiento trascendente de signos necesarios.

Es este el marco en el que Baudrillard enfatiza el papel de la economía política en tanto reactivación perpetua del privilegio cultural, tanto a nivel de lo efímero, es decir de la movilidad social y de la moda en tanto valor, como respecto a lo duradero o sea la atestiguación del destino social y la realización cumplida. De ello la finalidad interna del orden de producción que Baudrillard define en una teoría de las necesidades y los satisfactores, proponiendo una teoría de la prestación social y de la significación tanto como función social distintiva objetal o en tanto función política de la ideología en términos del consumo.

Baudrillard se preguntará así ¿qué ha sucedido posterior a la desaparición del intercambio simbólico como forma reguladora, organizadora en las sociedades contemporáneas?, ¿cómo se da la relación social que permea toda la economía política —producción material—, la economía libidinal —producción de deseo—, y la interpretación estructuralista en términos de la ley del valor?

Para dar respuesta a estas preguntas el pensador francés establecerá un recorrido bajo, claro está, el hilo conductor del *sentido* en las grandes categorías del análisis social, encontrando como pilares en la lectura y desarrollo de las grandes categorías de la cultura una *intencionalidad* que obliga a pensar al poder, lo económico y a los grandes conceptos que lo acompañan no sólo como institución, estructura, fuerza, unilateralidad, dominio, etcétera, sino en tanto distribuciones vectoriales, immanentes y de ello en el seguimiento fatal de esta línea, al poder, la economía, el inconsciente y el deseo como perspectivas de simulación; y más aún, como simulacros de sí mismos.

El discurso de Baudrillard propone una suerte de violencia teórica —imagen que lo acompaña a lo largo de sus escritos; economía y estrategia como método, es decir la aceptación de que la fragilidad de todos los grandes sistemas de pensamiento corre al parejo de la capacidad intrínseca al sistema de absorber incluso la pérdida de sentido y la indeterminación radical como parte de un espectro que propone en su lógica interna de perfección, la deyección total.

Esta, sólo en apariencia, contradicción apuntará a lo largo de todos sus ensayos a la liga de todas las energías liberadas en el discurso en un proceso básicamente catastrófico y sólo anecdóticamente dialéctico.

Entendámonos: no se trata sólo de estremecer la historia de los grandes aparatos críticos, Baudrillard lo sabe y reconoce la imposibilidad de enunciación destructiva en cualquier proposición sin que ésta no esté originalmente adscrita en la lógica y los postulados implícitos de aquello que se pretende cuestionar.

La tarea pues, refiere algo más ambicioso y por supuesto menos frívolo; se trata de entender el *sentido* de los conceptos heredados como una forma necesaria de entrelazamiento interno en toda la historia de las ideas, de aceptar que sólo aquí es posible la responsabilidad crítica de los discursos: en la aceptación de la herencia de los recursos que hacen posible la desconstrucción de la herencia misma. Ahí donde se asume que todas las liberaciones son únicamente episodios aleatorios de control hacia la manipulación generalizada: elementos transicionales a perpetuidad.

Es por ello que el punto de madurez en el pensamiento de Baudrillard señala la aceptación del juego del *don* enunciado por M. Mauss y desarrollado con posterioridad por G. Bataille en tanto economía improductiva y teoría del gasto social como el punto a la vez nodal y panóptico en la construcción de su aparato crítico: la reversibilidad, la anulación de la linealidad del tiempo, el lenguaje, los intercambios económicos, la acumulación y —por supuesto— el poder en la muerte que es al tiempo exterminación y forma pura de lo simbólico.

Aquí el nacimiento de la pauta que el crítico radicalizara en toda su obra a través de la descripción de la reversibilidad del *don* en el *contra don*; del intercambio en el sacrificio; del tiempo en el ciclo de la producción; de la destrucción del término y el lenguaje en el anagrama; de la ley en la regla; de la vida en la muerte.

Estamos pues ante un discurso que postula la desaparición de las finalidades y con ello una débil afirmación de los modelos que ingenuamente las generan. Sólo en este marco es posible entender lo que Baudrillard llama revolución estructural del valor que no es otra cosa que el fin de los metarrelatos.

Del “capital”, de la “naturaleza”, de los grandes discursos de realidad: dialéctica valor de uso, producción, liberación del inconsciente, del deseo, de la represión. Todos ellos discursos de neutralización del sistema general, en el espacio-tiempo; de un código global que desintegra al tiempo que absorbe en un reciclaje en espiral a todos los niveles.

Para Baudrillard sólo la reversibilidad de la muerte es decir el desorden simbólico, pertenece a un orden superior al del código, pues sólo aquí hablamos de una reversión radical contra la propia lógica del sistema, un envite lúdico que promueve un vuelco del sistema contra sí mismo, en el límite extremo de la simulación.

Esta muerte, única compañera fiel al término del sistema, esta exterminación simbólica refiere claro está, a la anulación interna del sistema como parte de una lógica interna operacional que lo acosa por todas partes, como exterminación de la *forma* de relación social en la que se pierde la determinación del sujeto y el valor.

¿Cómo se da esto? Es asunto que Baudrillard aclarará en su recorrido por los grandes ejes del pensamiento, pero vaya un adelanto por demás obvio a los futuros lectores: es el sistema quien ha producido los conceptos de energía e intensidad y es por ello que sólo la reversibilidad y no la derivación —una forma más del intercambio simbólico— es mortal para él.

Para Baudrillard no queda nada sobre qué fundarse; el agotamiento y la saturación de los sistemas únicamente dejan espacio para la radicalización de todas las hipótesis: las del código y, por supuesto las del universo simbólico. Por ello se hace indispensable el estudio de la genealogía del valor en los grandes discursos referenciales: de los simulacros.

Porque es envite a emprender el ubicar no únicamente los grandes sistemas sino y sobre todo, entender el *sentido* del sistema, su capacidad hegemónica y la materia y los sueños con que teje sus estrategias.

Es esta tensión del análisis con la historia y con la propia presencia en tanto referencia significativa, la que permite a la obra de Baudrillard consolidar un espacio crítico de ausencia y presencia; de sustitución adscrita en un sistema de diferencias, que no busca descifrar ni la verdad ni el origen mas allá del orden simbólico. Pero que sí afirma la tarea del hombre

por encima de la historia de la metafísica y de la onto-teología, es decir del conjunto de su propia historia.

Entremos pues en su lectura como una invitación al reto de una presencia que se piensa plena y se sabe fragmentaria.